

Abrevaya Carlos, Medios locos, Ediciones de la Urraca, 1989. Páginas 17 a 25

Medios de difusión masiva: el cuarto poder

Se ha dicho del periodismo que es el cuarto poder. Se nos ha hecho creer con el tiempo que no ocupa ese espacio. Mi primera afirmación es que, sin duda, los medios de difusión masivos ejercen uno de los cuatro poderes de la democracia actual. Aristóteles no lo hubiera podido imaginar, pero seguramente hoy estaría de acuerdo conmigo. No es el periodismo el cuarto poder sino todo aquello que encarna estructuralmente un fenómeno de difusión masiva de ideas. Integrar una sociedad y por lo tanto una cultura implica tener una conciencia de lo que nos rodea, realizar algún tipo de participación en ese ámbito y, de algún modo, aunque sea ínfimo, intervenir en ese paisaje, condicionarlo, ejercer desde la mera presencia alguna acción sobre él. Todos los presentes, por lo tanto, formamos parte de esta sociedad y de esta cultura. Nuestra conciencia de ser un grupo, una multitud, de tener reglas, hábitos, costumbres, sistemas y novedades, sólo es posible masivamente a partir de lo que nos dicen los medios de difusión. Estos difundidores nos cuentan el dinamismo vital de la sociedad. Sin ellos, nuestro mundo sería infinitamente más pequeño, débil e inseguro. Sin información no sabríamos nada de esta sociedad que conformamos. Desde la sanción de leyes nacionales hasta la hora en que comienza un espectáculo, todo pasa por los medios de difusión. No quisiera extenderme en ejemplos que podrían resultar obvios sobre la fundamental participación de los medios de difusión en nuestra conducta individual y social. Pero al decir que son tremendamente importantes, lo hago también para señalar que hay una notable carencia de conciencia popular sobre lo que hacen y significan estos medios a los que nos acostumbramos sin haber reflexionado casi nada sobre ellos. A propósito de reflexionar, he aquí el texto completo de un puntapié inicial para esa reflexión, pronunciado un día de octubre de 1987 por mí, sorprendiendo al televidente de ATC, en el comienzo de una de las emisiones del programa La Noticia Rebelde. Es necesario acotar que el tono de estas reflexiones, más allá de su seriedad conceptual, está influenciado por el contexto de un programa de características humorísticas.

Socios de esta gran empresa nacional en convocatoria, tengan ustedes una de las noches más lindas de su vida.

Esta es otra edición de La Noticia Rebelde como sólo La Noticia Rebelde puede ser.

Habitualmente, éste es un programa que suele salirse del libreto. En este caso lo hará, por culpa mía. Hoy me salgo del libreto de comentar algunas noticias del día para ceñirme a la lectura de este libreto que me he preparado.

Soy consciente de que esta lectura puede determinar mi desaparición de los medios que solía frecuentar, pero también soy consciente de que — con un poquito de comprensión por parte de ustedes — esto que se viene puede servir para beneficiarnos como sociedad, sociedad en la que incluyo a mis hijos y a todos mis seres queridos.

Enfrentando esta alternativa con un valor que me llama la atención en mí, he optado por hacer una denuncia, un diagnóstico y/o una propuesta.

Les pido que no se sorprendan mucho por el tema. Ustedes razonablemente esperan que yo les hable de cosas como el caso Veira, el 19% de inflación en octubre y tantos otros temas del día. Pero yo, como periodista informado que soy y pensador profundo que soy, entiendo que hoy es tema del día un tema de todos los días. Hoy, antes de que sea más tarde.

Como trabajador relativamente exitoso —quien lo hubiera dicho— de los medios quiero contarles algo que, a lo mejor, ustedes ya saben: desde hace un tiempo largo, los medios de difusión en la Argentina atraviesan por distintas, agudas y simultáneas crisis. Son —como no podía ser de otra manera— parte del subdesarrollo, de las pobreza de todo tipo y de las injusticias que se extienden sobre muchas otras áreas de nuestra realidad. Ese conjunto de crisis de los medios de difusión supera holgadamente uno que otro conflicto salarial o empresario. Es un conflicto central en la supervivencia de la sociedad argentina. Sobre este tema, quisiera compartir algunos puntos de vista principales:

1) Todos los argentinos estamos pagando todos los medios de difusión masivos. Los pagamos de una u otra forma. Tanto los estatales como los privados. Los estatales por vía de impuestos y/o inflación. Los privados, a través de la publicidad que pagamos, por ejemplo, al adquirir cada producto de los que hacen publicidad. A lo mejor, cuando comprarnos un jabón para lavarnos las manos —sin saberlo— estamos invirtiendo en un periodista camaleónico. En otros casos, los argentinos sostenemos los medios de difusión pagando directamente el precio del servicio que el medio de difusión nos ofrece.

De una u otra manera, insisto, a veces de maneras muy elípticas — sobre todo en el caso de las empresas privadas— los argentinos pagamos con nuestro dinero, nuestro esfuerzo o nuestro trabajo los medios de difusión que tenemos.

Si no los sentimos nuestros, creo que éste es justamente el momento de tomar conciencia de lo trascendente de nuestra participación en ellos.

Dicho de una manera discutible, pero esencialmente bastante cercana a la realidad, los argentinos somos socios, en parte dueños de nuestros medios de difusión masivos. De todos ellos, como de tantas otras cosas que muchas veces se nos pierden de vista... o de mano, o de pie.

(2) Reitero un punto de vista que me parece fundamental: "los medios de difusión masivos son como el manual de estudio de la gente grande"... hagan un esfuerzo por aceptar lo que tiene de verdadero esta frase: de los medios de difusión aprendemos cotidianamente conductas, conocemos límites, con ellos nos asustamos, nos entusiasmos, nos deprimimos, nos unimos y nos separamos, nos desarrollamos o nos volvemos tontos. Esto es que frente al estímulo innegable de los medios de difusión, reaccionamos, actuamos, especulamos, creemos, descreemos... e inevitablemente nos vamos formando o deformando como sociedad, integrándonos o desintegrándonos, profundizando temas o dejándonos engañar con superficies que nos marean mientras se agrava la crisis, se agranda la deuda externa y se extiende la pobreza de todos, hasta de aquellos gorditos a jos que no les va tan mal.

5) Aceptada esta importancia que acabo de subrayar, quiero añadir otro principio: si los medios de difusión de la Argentina no trabajan mayoritariamente en favor del proyecto de la mayoría de los argentinos, nuestro futuro será como nuestro pasado: una interminable y sangrienta pelea por espacios de poder, una constante y retardataria lucha por dominar a los otros, por vencer a los enemigos de la corporación de enfrente. Esos espacios, así formulados serán sólo un campo de batalla entre poderosos. Millones de argentinos seremos carne de cañón, sobrevivientes, francotiradores, desaparecidos de esa pelea sin reglas de juego y sin árbitro. Hoy estamos enfrentados —lo querramos o no— a la posible perpetuación de nuestra disgregación como sociedad. Si sólo logramos clarificar y unificarnos, nuestro futuro será peor que nuestro pasado, se ampliará nuestra impotencia popular y quedaremos a merced de la locura, de intereses perversos y de todas esas cosas que han hecho de nuestro país un lugar tan lleno de desencuentros, miedos y sufrimientos y tan vacío de esperanzas.

Ese proyecto, esos proyectos que necesitamos no existirán si no se pueden comunicar constantemente, si los medios no acompañan a la sociedad, si no la ayudan, si no toman la delantera y se hacen cargo de que de ellos depende la credibilidad, el crecimiento, la transformación social, la unidad sin contubernio, la sensación imprescindible de sociedad, de progreso, de justicia, la solución de conflictos y la concreción de logros que nos hagan sentir que

el esfuerzo cotidiano se traduce en cosas tangibles y no se diluye en incomprensibles comportamientos de la economía.

Sin el aporte de los medios de difusión no habrá comunicación de proyectos nacionales. Seremos otra vez una guerra, una agonía, un llanto de impotentes, nosotros que somos muchos y nos sentimos tan solos.

Por favor, no tomen esto como una descalificación del pluralismo ideológico. Al contrario, es justamente una defensa. El debate pluralista es imprescindible a la hora de proyectar la casa, pero se puede volver terrible a la hora de poner cada ladrillo. Si no conseguimos formar un equipo que sepa para qué lado patea, no podremos ganar y ni siquiera intervenir en ningún campeonato, salvo que inventemos uno para solos y perdedores y lo disfrutemos desde el masoquismo. Por otro lado, dejemos de cifrar todas nuestras esperanzas en el maravilloso Diego Maradona, cuyos escasos dos virtuosos pies jamás podrán asegurarnos la victoria si cuando viene la pelota, en el arco, Islas, mira para otro lado.

Seamos conscientes además de que los medios de difusión no llegarán a darnos solución a esto si nosotros no nos hacemos responsables de nuestra inversión en ellos, si no asumimos que dependen de nosotros, del pueblo, más allá de nuestras divisiones en ricos y pobres, de un partido, de otro, de una agrupación, de otra... Necesitamos convivir y actuar, arreglar reglas de juego y respetarlas. Informarnos y pensar... Necesitamos comunicarnos a través de medios de difusión que nos ayuden a tener el coraje de superar los medios y curarnos de nuestras lacras... Necesitamos profundizar la democracia que es el gobierno del pueblo (con la menor cantidad de distorsiones posibles).

Por eso y un montón de cosas más, esta propuesta:

Pidamos a los representantes democráticos, a los dirigentes puros que tiene la Argentina que nos permitan tener una elección. Pero no de esas elecciones complicadas en las que votamos plataformas sobre todas las cosas, sobre personas, listas de candidatos, afectos, recuerdos y especulaciones personales. Pidamos una elección sencillita, sobre un pedacito de plataforma que hable y profundice sobre los medios de difusión. Una elección como tantas otras, con debate, con espacios cedidos igualitariamente y con alternativas de proyecto para darle reglas de juego claras a nuestros medios masivos de difusión, para darle objetivos, responsabilidades, garantías, libertades, representatividad.

Ayudémonos a organizarnos a través de nuestros medios de difusión, en lugar de verlos desangrarse por migajas, a despecho de nosotros mismos, cediendo a las presiones de vender, aunque sea veneno, cediendo a las presiones de mentir o falsear para sobrevivir, de hacer como que no pasa nada cuando pasa de todo.

Les pido que me disculpen si no he sabido expresarme como corresponde.

Les ruego a los que entendieron algo que se den cuenta de que a mí no me banca nadie en esta inquietud y que sólo quisiera hacer más justa, más humana y menos sangrienta esta forma que estamos teniendo de repartir el poder. Me imagino que a muchos esto les puede mover un poco el piso. Por favor, no se asusten. Sinceramente yo no quiero perjudicar a nadie que no viva perjudicando a los demás. Sepan, además, que tal como lo delata mi falta de anteojos, yo no soy Clark Kent, no esperen de mí gol sino simplemente el puntapié inicial. Por lo demás y por ahora, estoy acá, en ATC, pero siento que me gustaría estar en este lugar como representante de ustedes y no como producto de las circunstancias que no manejo o como amigo de alguien importante o como vocero de estas empresas a las que les interesa el país, siempre y cuando sea negocio.

Me gustaría, sobre todo, que a partir de los medios de difusión podamos convivir desde estructuras que nos parezcan más propias y más justas, porque si no logramos convivir muchos de distintos lados, no vamos a poder vivir.

Hay otra aparente solución: es que yo me dedique a otra cosa, a fabricar silencio, por ejemplo. Eso les resuelve el problema de mi presencia, pero no resuelve el problema de ustedes que es mucho más grande que yo.

Bueno. Por fin lo dije. No se pierdan mi próxima disertación sobre la necesidad de hacerse el papanicolau o las virtudes del pelo corto para el verano.

Y, para terminar, un toque de optimismo fundamental: esto que ustedes vivieron acaba de ocurrir, casi como una excepción, en un medio de difusión argentino. Todavía cantamos. Quien quiera oír que oiga. Y el que no, una deuda externa tendrá.

Dos días después de esta exposición televisiva, hice este otro comentario, cuyo texto es el siguiente:

Personas como yo, tengan ustedes muy buenas noches.

Este es otro momento vibrante de la TV argentina.

Ante todo, quiero descomprometer en estas cosas que voy a decir a los amigos que me acompañan, poruña razón sencilla: ellos también serán espectadores igual que ustedes de este comentario, disfrutarán de la sorpresa y no es justo que deban hacerse cargo de lo que no conocen. No sería responsable asumir esas responsabilidades.

Hecha la salvedad, sólo les pido a todos que no malinterpreten mis ambigüedades. El mejor camino para saber 'qué quise decir cuando dije equis' es preguntarme cuando dijiste equis, ¿qué quisiste decir? Finalmente, todo lo que diga será lo que ustedes dicen que yo dije... Y si esas cosas dichas (lo que dije y lo que dicen que dije) no se parecen bastante, será como si no nos hubiéramos dicho nada, sentiremos que el otro no sabe lo que dice y nos diremos de todo o no sabremos que decirnos... en fin. Lo lindo de la comunicación es que nunca está todo dicho.

¿Ustedes me creen si yo les digo que no duele?

Bueno. No se los voy a decir... porque esto es la vida.

Dolor y placer están en la historia sensible de cada uno, de todos modos, conociéndolos y desconociéndolos, como si fueran hermanos míos, les digo: esto no duele... o mejor dicho: lo que duele no es esto.

Entonces, relájense y cualquier cosa, hagan un poquito de jadeo.

Antes de ayer protagonicé un hecho infrecuente en TV.

Me salí del libreto para decir lo que pensaba, más o menos seriamente en un programa humorístico.

Fue un hecho sorprendente. Sorprender tiene algunos riesgos: muchos maridos engañados lo saben.

Pero tiene una virtud: también es una forma de acercarse a la verdad.

Como siempre, todo es relativo, y casi nada es fácil, aunque sea simple. Entender es un trabajo de voluntariosos.

Bueno a lo mejor también para eso están los medios de difusión, ¿no?

Les cuento algunas repercusiones de lo que dije el miércoles.

1) Se produjo un instante vital de comunicación. Sonaron los teléfonos, salimos de una relación estática para pasara una activa. La gente se acercó, preguntó, saludó, se hizo presente... En este caso fueron los telespectadores los que transmitieron en vivo y en directo. Algo fascinante y conmovedor, para mi gusto.

En este sentido bien podría decir que lo más maravilloso que tuvimos fue el pueblo, la respuesta espontánea, fresca, comprometida, preocupada de montones de personas no famosas, personas maravillosamente personas, sin superpoderes, sin cargos prominentes.

Siguiendo con ese sector.

Un punto significativo: mucha gente buscó un porqué a ese discurso propuesta sobre los medios de difusión, a la seriedad, gente que posiblemente se queja de la televisión y de los medios en general, gente que no se siente representada, gente que se siente abatida por la situación nacional y no encuentra proyecto sin darse cuenta de que el proyecto pasa por esos medios... Es decir, gente que tenía y tiene más motivos que yo para preocuparse por esto preguntaba el porqué de esa preocupación... si éste no es el pueblo humorístico, ¿el pueblo humorístico dónde está?

Discúlpeme por esto que les digo, se los digo con cariño (porque no es cuestión de andar cambiando el objeto de la hipocresía y dejar de ser complacientes con unos para ser complacientes con otros).

Amor hacia ustedes es también el invitarlos a pensar sobre alguna conducta que se podría revisar.

Por un momento sentí que los que preguntaban por qué decía esto ahora, en el fondo deseaban enfrentarse a un problema menor, como si fuera deseable simplificar el problema: ¡ah! este señor dice eso porque lo van a despedir, porque lo amenazaron, porque durmió mal, porque le duele la panza... como si teniendo un motivo chiquito pudiéramos achicar tranquilizadamente el problema... Yo dije en aquel momento que el problema era superior a mí, que hacía referencia a una angustia y a una necesidad nacional independiente de mi presencia o no en los medios de difusión. Y entonces, ¿por qué buscar la clave en un problema personal mío?...

Les pido por Dios que reciban cariñosamente esta observación honesta que proviene de alguien con muchos años de televidente, de habitante y de argentino.

En lo que se refiere al momento elegido, una anécdota que protagonizó Hugo Molfesa me parece muy elocuente y divertida.

Un quiosquero vecino le pregunta: Hugo, ¿porqué Abrevaya dijo eso? ¿Qué le pasó?... Y Hugo responde: dígame, usted, cuando hace tres días que no se baña, ¿no siente la necesidad de bañarse?...

Ciertamente, las conductas quizás sean una acumulación de motivos y casi nunca un solo motivo las explica.

Otro segmento de repercusión podría pertenecer al de las gentes cercanas al poder, los allegados, los no funcionarios, los amigos de una persona grande... En general me dijeron: "Muy bien, Carlos. Te felicito por tus palabras. Tienes toda mi comprensión y solidaridad. Y yo te tendré el saco toda vez que lo necesites, salvo que una razón superior me lo impida".... No quiero parecer exigente. Sé que ésa también ha sido una muestra de afecto... Pero con la bronca no alcanza, como decían unos avisos. O con el amor no alcanza como mejor podrían haber dicho. Yo quiero a esta sociedad que me incluye, pero con eso no alcanza. Debo ser sincero, debo tratar de ser honesto, debo tratar de hacer cosas, cosas que verdaderamente representen ese afecto por los demás y no lo primero que se me cruza por la cabeza...

Honestidad y espontaneidad no son necesariamente sinónimos. Pero dejemos de hablar de mí y hablemos de nosotros, preciosa... Hubo un tercer nivel de repercusión sobre mis palabras hasta ahora: el de la parte dirigente: funcionarios, políticos, gremialistas, empresarios, etc. Me han respondido con el silencio... Un silencio que puede comprenderse desde muchos lados: la sorpresa que deviene en miedo, en levantar la guardia, en protegerse, en una muy lógica actitud de vigía que ante el movimiento inesperado, levanta el fusil sobre un campo en el que se supone que no debe pasar nada.

Yo sé que es muy inquietante esto que digo. No se asusten. Yo estoy desarmado o mis armas son muy débiles y sobre todo no apuntan a personas, apuntan a problemas, problemas que tenemos las personas... Es así de inocente.

Esa respuesta de silencio que me han dado los que tienen las voces más fuertes, me permitiría deducir otras cosas: no me escucharon. Mi voz no alcanza, mi capacidad no alcanza para expresar esta idea, no he sido claro, no he sido interesante, no he sabido distraer la atención de los señores pasajeros para ofrecer, directamente de fábrica, esta opinión... Bien puede ser... Actuar con inocencia no nos impide participar de delitos, y mi delito en este caso sería el no haber hecho las cosas bien.

Pero hay otro punto de vista — debiera decir de oído — para apreciar el silencio. Es aquella costumbre de no mirar lo que podría incomodarnos hasta que no se nos vuelve insoportable.

Yo sé que no soy precioso para ciertos cánones quizás discutibles de belleza. Sé que dije una cosa un poco incómoda sobre los medios de difusión y su relación con el futuro de los argentinos, pero no tenía ni tengo otro fin que alertar sobre un peligro, que advertir una necesidad: la de unificarnos en lo posible y clarificarnos todo lo posible para ayudarnos entre todos a hacer posible y no imposible esta sociedad democrática.

Podrían haber venido los dirigentes a decirme que estoy equivocado que los argentinos estamos contentos con los medios de difusión que tenemos tal como los tenemos, y que impera mayoritariamente la sensación de que la mayoría se siente apoyada y acompañada en el trabajoso camino por el logro del bien común. De mil maneras mejor que ésta podrían haberme dicho que estoy equivocado.

- Pero ni siquiera me dijeron que no me entendieron. Les pido por Dios que me perdonen por decir esto. Pero forma parte de una sinceridad que me gustaría que ejerzamos. De nada nos va a servir que hagamos como que no pasa nada. Creo que ayudaría mucho más profundizar para que todos podamos entender lo que nos pasa.

¿Es posible imaginar una hormiga con dignidad? Es difícil, pero a lo mejor lo que equipara a la hormiga con el elefante es una dignidad igualmente grande. En esta fábula yo vengo a ser la hormiga. No quiero imaginarme león y descubrir que he vivido exigido y a disgusto por ese error. Lo que sí quiero es disfrutar de una dignidad tan amplia como la del dinosaurio.

Pero, bueno. Dejemos estas bestialidades. Quiero sintetizar lo imposible de sintetizar en estas pocas frases: esencialmente lo que hice fue hablar, ofrecer algo honesto de mí hacia los otros con la mayor de las buenas intenciones, utilizando el sentido fundamental de estos medios, "Ja comunicación". Sólo esperaba respuestas, repercusiones, la sensación de otras vidas a mi alrededor... La sensación de una sociedad de socios, como bien puede ser la democracia. De paso había un aporte discutible por compartir proyectos, particularmente sobre los argentinos y nuestros medios de difusión.

En todo caso, todo esto no será para tanto. Casi todo es muy relativo (¡qué frase!). Y no sé cómo cuernos hacer para que no me tengan miedo. Acaso si va saber que yo soy un miedoso de la primera hora... Y que si no fuera porque a veces tengo algún coraje, no sé qué sería de mí... Pero no quiero que todo esto se vaya al coraje, por miedo, quizás.

Como dice el bolero, si en algo te ofendí, perdón... Y como persona educada que soy, si molesto, sólo tienen que pedirme que me vaya, democráticamente hablando.

Y lo digo en serio. Yo no vine aquí a empeorar las cosas ni a olvidar tantos años de espectador, lector, oyente o algo parecido.

Hasta aquí y en estos discursos, lo que hice fue levantar la voz un poquito, como quien levanta la mano para decir "acá estoy", para ver si se puede estar, para saber hasta dónde se existe. Si viene alguien y me dice: ¡pero cálese, mocososo de porquería, cómo se atreve!... descubriré que soy chiquito. Si alguien me habla de igual a igual, me sentiré una persona grande, con todas las responsabilidades que eso significa. Dicho sin tapujos y con una frase célebre que desde ahora me pertenece sin exclusividad: lo mío es muy humano.

Estas dos irrupciones inesperadas en la televisión argentina desde una visión crítica de la relación entre los medios y la sociedad, también sirvieron, en otro sentido, para poner de manifiesto qué poco se piensan los medios a sí mismos, qué raro resulta para esta sociedad el ponerse a pensar acerca del sentido de la propia actividad, buscar la razón, el motivo, la validez o invalidez de tanta conducta rutinaria. Supongo que esta falta de análisis, esta carencia de profundidad en la observación de nuestros actos se explica holgadamente en una larga historia de educación que ha sido el no ejercicio del pensamiento. La formación militarista que privilegia el acatamiento de la orden, la subordinación, el respeto indiscriminado al superior jerárquico, parece haber inundado la mayoría de las relaciones sociales. La escuela, la empresa, el sindicato, la función pública, fueron estructuras ciertamente educativas donde el poder, ejercido de arriba hacia abajo, mantenía grandes similitudes con la formación militar. El mensaje del miedo, los ejemplos de castigo a todo lo que se manifestara como diferente y hasta un cierto desprecio por la tropa que podía estar integrada por los alumnos, el personal o más ampliamente el pueblo tantas veces definido como una horda casi salvaje, podrían admitirse como parte de una concepción de la desigualdad humana en la que se justifica que haya gente con menos derechos y que, consecuentemente, merezca menos respeto. Esta aberración, habitualmente encubierta por una gran hipocresía, ha hecho estragos. Muchos sometidos suelen terminar defendiendo las estructuras que los someten, aferrándose a una relación perversa que por un lado los atemoriza y por otro les promete

seguridad. En las décadas que van del 60 al 80 han sido eliminados de su contacto con la sociedad argentina los pensamientos lúcidos que se opusieron a este imperio del terror autoritario. Y el esfuerzo por revertir ese proceso de desintegración mental resulta más que difícil.

En toda esta historia de apretadísima descripción ha existido una gigantesca participación de los medios de difusión masiva. Los medios han aceptado transmitir vendedoraamente la idea del autoritarismo. Aunque no parezca, aunque hagan como que no tuvieron nada que ver con lo más enfermo de nosotros como sociedad, aunque no se arrepientan públicamente, aunque sigan evitando pensarse a sí mismos y exponerse, los medios de difusión masiva de nuestro país no pueden ni podrán negar que han estado involucrados en una historia signada por la represión, la violencia, el miedo y, de mil maneras, el desprecio por la dignidad humana. En muchos casos habrá disculpas y justificaciones para esta conducta, pero lo que no debería haber es ignorancia sobre este proceder que tanto atraso, empobrecimiento y dolor le ocasiona a tanta gente. Si pudiéramos verlo fuera de los nombres, más allá de las marcas, evitando el presunto perjuicio económico que produciría el descubrimiento de la colaboración con la perversidad, aun así, tan sin responsables, igual nos resultaría útil una visión crítica de fallas profundas que, de no ser revisadas y corregidas, permanecerán siempre allí, como grietas que volverán a tragarse a la gente en el próximo derrumbe. Ojalá podamos tomar conciencia de este peligro latente. Ojalá esta conciencia nos permita vencer el miedo.